

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Un acercamiento a la concepción del espacio tardo antiguo desde la mirada de las comunidades cristianas (siglos II al IV).

Ríos, Ramón Roberto.

Cita:

Ríos, Ramón Roberto (2009). *Un acercamiento a la concepción del espacio tardo antiguo desde la mirada de las comunidades cristianas (siglos II al IV)*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/227>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Un acercamiento a la concepción del espacio tardo antiguo desde la mirada de las comunidades cristianas (siglos II al IV)

Ramón Roberto Ríos (IILAC, UNT)

Introducción

El concepto de espacio toma un cariz particular con el arribo de las llamadas religiones orientales, entre ellas el cristianismo. Éste se adapta a las fronteras del Imperio Romano pero aún a pesar de eso construye una idea del espacio propia que parece romper esas fronteras y construir nuevos espacios tal vez no terrenales pero igualmente importantes para el culto. La relación entre las comunidades, la creación de un centro y la posterior disputa (Oriente y Occidente) son temas o materias que dan la idea de la construcción de dicho espacio.

En este trabajo intentaremos aproximarnos a algunas ideas sobre el espacio antiguo, primero desde la mirada de algunos historiadores y luego a partir de pequeños ejemplos tomados del cristianismo entre los siglos II y IV. El objetivo no es dar una definición absoluta de ese espacio (siempre supeditado al Imperio Romano) sino brindar algunas perspectivas que contribuyan a un estudio mucho más profundo del mismo evitando recurrir a categorizaciones como político y económico, y proponiendo nuevas como lo socio-cultural.

Entre la breve revisión de algunos de esos espacios creados con la aparición o fundación de dichas comunidades y la creación también de una doctrina y un pensamiento propio girará la temática de este trabajo.

Consideraciones generales acerca del espacio

Según lo que plantea la tradición cristiana el culto, a partir de su aparición en la provincia Sirio-Palestinense (*Syria Palaestina*), se extiende por el Mediterráneo gracias a, primero, una reacción en contra de Esteban, una de las cabezas de los primeros movimientos cristianos, por parte de los grupos tradicionales judíos. Luego de su muerte se produce una especie de dispersión de sus seguidores que favorece la

transmisión de las ideas (del culto) cristianas.¹ Más tradicional en cuanto a la difusión es la cuestión de los viajes misionales de Saulo de Tarso (Pablo) que se plantean como fundamentales en la transmisión del cristianismo en gran parte del Mediterráneo. Sus cartas (de las cuales, según investigaciones filológicas sólo una parte pertenecen efectivamente a Pablo) son o pueden considerarse como una muestra de esta proliferación cristiana y de la existencia de diversas comunidades, más allá de la autoría real de Pablo de dichas epístolas.²

Lo anterior señala lo ocurrido en el siglo I al movimiento cristiano y da cuenta de que luego de su nacimiento comienza un proceso de expansión por el Imperio Romano. Es a partir de este proceso que comienzan a forjarse distintos espacios con la aparición de comunidades. Entonces, en este trabajo nos planteamos como objetivo revisar las consideraciones sobre el espacio de los cristianos entre el siglo II y el IV. Es precisamente en estos siglos en que el cristianismo recorre el camino de una secta a una Iglesia, es decir está construyendo aquellos elementos que le ayudaran en la configuración tanto de su doctrina y teologías como en su organización jerárquica. Sin embargo este camino no es lineal ni responde a las actividades de una sola comunidad. A pesar de que Roma se considera a sí misma como una de las comunidades más grandes de la cristiandad (quizá por ser el centro del imperio) y de la cual irremediamente deberían partir las directrices fundamentales del culto, veremos más adelante cual es su posición frente a otras comunidades.

Como primer paso dentro de este breve análisis debemos tratar de enunciar una definición de espacio. Para ello propondremos primero nuestros propios conceptos del mismo para luego revisar otros manejados por algunos historiadores de la antigüedad.

El espacio puede considerarse como un mero contenedor (al igual que el tiempo) de la actividad humana, de las interacciones sociales que implican aspectos económicos sociales y culturales. Sin embargo se puede comprender el espacio como algo mucho más dinámico, es decir se puede considerar la actividad humana como creadora de esos espacios. Entonces valga la aclaración que entendemos el espacio en este trabajo desde una perspectiva socio-cultural proponiendo que su creación es resultado de la actividad humana sobre él. Algunos espacios responderán más que nada a criterios económicos o políticos y a partir de éstos lograrán su integración o continuidad. Otros pueden

¹ **Simón, M. y Benoit, A.:** *Historia del judaísmo y el cristianismo antiguo*, Ed. Clío. Madrid, España, 1984. pág 42, 43.

² *Idem.* Pág 45.

responder a un criterio socio-cultural donde las formas de pensamiento y las prácticas sociales sean ese eje integrador. En este caso particular hablamos del cristianismo, su doctrina y teologías como dichos ejes, a la vez que también las formas de vida. Planteamos entonces, además, una superposición de un espacio meramente cristiano sobre el espacio que representa el Imperio Romano entre los siglos II y IV d.C. Sin embargo hablar de esta superposición podría resultar confuso, daría la impresión de un cristianismo triunfante antes de tiempo y de una extensión desmedida a lo largo y lo ancho del mundo romano. Es mejor señalar entonces que el cristianismo no desborda las fronteras del imperio. Más adelante desarrollaremos esta idea.

Partiendo de lo desarrollado arriba creemos conveniente plantear algunos conceptos sobre el espacio desarrollados por diversos historiadores de la antigüedad. Nuestra intención es dejar marcadas diferentes perspectivas que pueden llegar a conjugarse por medio su cruce.

El historiador español de la antigüedad Domingo Plácido señala algunas cuestiones en referencia a la consideración del espacio en esta época bajo una perspectiva netamente económica relacionada a conceptos del materialismo histórico. Entiende las relaciones entre centro y periferia, es decir entre ciudad y campo a partir de un determinismo económico signado por un sistema productivo capaz de imponerse por encima de las diferencias socioculturales. Estas últimas, según esta lógica, estarían determinadas por ese único sistema económico inamovible. Sin embargo, Plácido se permite una reflexión que otorga dinamismo a su pensamiento y lo ubican por encima de aquellas ideas estáticas.

“(...) las fuentes antiguas se convierten en vehículo para acceder a las realidades deformadas de las relaciones antiguas entre centro y periferia, así como la propia mentalidad de los antiguos ante estas realidades, las relaciones culturales y la aculturación.”³

En *El Imperio romano. Economía, sociedad y cultura* de Peter Garnsey y Richard Saller, se da cuenta del espacio que ocupa el Imperio Romano a partir de los conceptos de distintos autores antiguos por ejemplo: Estrabón, Dion Casio de Nicea y

³ **Plácido, Domingo:** *Introducción al mundo antiguo: Problemas teóricos y metodológicos*, Ed, Síntesis. Madrid, 1995. Pág 197.

Tácito. Entre estos tres se destaca el último Tácito quien hace de su descripción de Germania una crítica implícita a la decadencia de las costumbres romanas. Sin embargo, lo que intentan Garnsey y Saller con la recopilación de estos tres autores es dar una idea de cómo el espacio romano se va conformando en la mente tanto de aquellos que pueden especular al respecto como de las gentes comunes. Señalan las ideas acerca de los límites a los que accede el Imperio y la dificultad para las conquistas en las tierras del Norte occidental. Aunque también dan cuenta de la misma dificultad de algunos de ellos (de Estrabón, por ejemplo) para describir esos nuevos lugares considerados propiedad del Imperio sin el sesgo de la mitología o la exageración. Coinciden estos tres, sin embargo, (o Garnsey y Saller logran darnos esa idea) en que el Imperio va siendo aceptado como tal en los pueblos conquistados y que por uno u otro medio este es reconocido como el foco civilizador del mundo antiguo. Señalarán con respecto a ese norte casi imposible de asimilar a Roma de acuerdo con los autores utilizados que:

“(...) la elite cultural del imperio trazo una línea firme entre lo que veía como el núcleo mediterráneo del imperio y su periferia barbárica. (...) La conquista del norte no produjo, a su modo de ver, una unidad cultural más amplia. Roma ensancho su base gubernamental y cultural, pero no hasta el extremo de asimilar el norte.”⁴

Cristoph Marksches, teólogo e historiador alemán reconoce en *estructuras del cristianismo antiguo* diversos espacios para la cristiandad. Dichos espacios a veces se superponen con aquellas regiones pertenecientes al Imperio. Propone en este mismo estudio la existencia de una división entre dos grandes espacios (a su vez contenedores de espacios más pequeños) a partir de la idea de la existencia de un centro (la región central del Mediterráneo, es decir Roma) y una zona de influencia o *hinterland* identificada con la zona oriental y limítrofe del imperio. Es en esta gran división (que no es la división teológica existente luego del siglo V) que existe el cristianismo porque es parte integrante y activa del propio imperio. Aquello reconocido, según Marksches, como exterior al Imperio era considerado inculto por parte del cristianismo; así el propio espacio físico era pensado de la misma manera, todo lo existente más allá del

⁴ **Garnsey P. y R. Saller:** *El imperio romano. Economía, sociedad y cultura.* Ed. Crítica. Barcelona, 1990. Pág. 31.

limes eran “paramos”.⁵ Más allá de esto la idea o el concepto que nos interesa de Markschie es la división entre campo y periferia en relación al cristianismo. Para hablar de dicha dicotomía elige como eje la autoridad política como forma de cohesión dentro de ambos espacios. Señala que en la ciudad lo que presta consistencia y coherencia al culto es su forma de organizarse a través de la figura del obispo, mientras que en el campo esta figura es reemplazada por las aldeas o por los monasterios. El espacio cristiano según este concepto necesita ser ordenado desde el punto de vista político. Debe concentrarse a partir de reglas. Lo contrario a esto es lo disperso, lo que no entra dentro de ese circuito (las herejías tal vez y los propios monasterios y ascetas en su fase primitiva). Aunque Markschie deja entrever que ni él mismo piensa en que sea determinante de la creación y ordenación de esos espacios la figura del obispado; indica que hay elementos propios del cristianismo urbano (en este caso la circulación de libros referentes a las herejías) que existen fuera de él, por ejemplo en el Bajo Egipto.⁶

La idea de un espacio cristiano

Como señalamos anteriormente desde el siglo II el cristianismo aparece representado a lo largo del Mediterráneo por diversas comunidades. Entre ellas las más importantes son Roma, Alejandría y Antioquia, cuya preeminencia está dada principalmente por su importancia política y económica dentro del mundo antiguo. En ellas las comunidades cristianas lograron un importante desarrollo intelectual, doctrinal y organizativo. Sin embargo, a pesar de la importancia antes señalada, existían otras comunidades insertas en el mundo mediterráneo en las cuales también existía gran actividad, sobre todo intelectual.⁷

Podemos ejemplificar parte de la difusión del cristianismo con una breve mirada sobre Egipto. En este caso es de utilidad el estudio de José O’Callaghan quien señala a

⁵ **Markschie, Christoph:** *Estructuras del cristianismo antiguo, un viaje entre mundos*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 2001 Pág. 1.

⁶ **Ídem** Pág. 21.

⁷ Centros urbanos (de Asia Menor en este caso), quizás no de la talla de los antes mencionados pero sí bastante significativos: **Éfeso, Magnesia, Tralles o Tralia, Filadelfia y Esmirna** (al menos lo suficientemente significativos para el cristianismo incipiente y para que Ignacio de Antioquia, uno de los padres de la Iglesia, les dedicara cartas).

Egipto como uno de los lugares en los cuales el cristianismo logra un interesante desarrollo en el siglo II.⁸ A la vez se lo señala como lugar donde se plantean nuevas modalidades que favorecen la penetración del cristianismo. Señala dos aspectos puntualmente: el crecimiento intelectual desde Alejandría, ubicada en el extremo norte de África sobre las costas del Mediterráneo, y a la vez la difusión de la vida monástica en el desierto egipcio. Ambos aspectos, aparentemente sin ninguna conexión a simple vista, tienen su propia cuota de importancia por sus características. En Alejandría, el desarrollo intelectual, favorecido por nombres como Orígenes y Clemente (entre los siglos II y III) acerca al cristianismo a un estadio en el cual puede indagar en sí mismo y formular (o reformular, según convenga) las cuestiones doctrinales, pero sobre todo las teológicas. No es intención de este trabajo considerar la posible difusión de esas cuestiones y su aceptación o no, ya que sabemos que son importantes y sabemos lo que representan posteriormente para el cristianismo, pero sobre todo nos da la pauta para comprender la especificidad del pensamiento Alejandrino y su lugar en las comunidades cristianas.

Señalamos anteriormente también a Egipto, más allá de lo que representa Alejandría, por la difusión monástica. O'Callaghan apunta a la importancia, un poco paradójica quizá de ésta, pues en la "huida" del mundo se revela un nuevo modo de entrada del cristianismo a la comunidad. A la evangelización por medio de la palabra se le suma ahora la vida ascética o monástica. Paradójico, decíamos anteriormente, pues en primer lugar la intención del ascetismo es la vida solitaria, de meditación y recogimiento. La conformación de comunidades en torno a ese estilo de vida es una especie de consecuencia. Sabemos que en los siglos subsiguientes éstas se ordenarán en base a una reglas (o reglas) inspiradas en la vidas de los fundadores de aquellas comunidades.⁹

Sin embargo, ¿qué importancia tiene para nosotros en este trabajo la consideración de estos aspectos de la vida cristiana en Egipto? Más que nada representan el ejemplo de integración del cristianismo en dos espacios diferentes, por un lado en la ciudad donde se apropia y crea elementos intelectuales únicos. Por otro el campo, mejor dicho el desierto donde más allá de la soledad florecen nuevas formas de

⁸ O'Callaghan, José: *El cristianismo popular en el antiguo Egipto*. Ed. Cristiandad. Madrid 1975.

⁹ Rouselle, Aline: *Porneia, del dominio del cuerpo a la privación sensorial, del siglo II al siglo V de la era cristiana*. Ed. Península. Barcelona, 1989. Pág. 85.

inquietud religiosa. En este caso la importancia radica en que el cristianismo es considerado principalmente una religión arraigada en las ciudades. Tomar en cuenta el cristianismo que se desarrolla en los límites, en el desierto, aún cuando no sea la más influyente de las manifestaciones cristianas, sirve para ampliar nuestro propio concepto del espacio en la antigüedad tardía. Es decir, podemos comprender lo que está más allá de las ciudades no sólo como espacios complementarios a éste: como sectores donde se producen alimentos y demás insumos para la ciudad o como un lugar en el que el paganismo y la superstición tienen fuertes raíces que serían las interpretaciones más comunes. Entonces podemos considerar este traslado de elementos e inquietudes religiosas a los límites o a las afueras como otra cara del cristianismo.¹⁰ O podemos decir que el cristianismo a partir del siglo III no sólo es un “fenómeno” puramente urbano, sino que se manifiesta en otras formas entre las cuales la soledad o la vida en comunidades apartadas son ejemplos.

El espacio en el que se desarrolla el cristianismo es mucho más amplio que este breve repaso y tal vez logra salirse de estos límites que se plantean, de esas estructuras políticas que intentan regirlo. Intentamos decir que el espacio cristiano no sólo se remite a esos centros y pensamos que no sólo la manera jerárquica de organizarse es el nexo que los mantiene unidos o los relaciona. Existen elementos socio-culturales evidenciados en los escritos primitivos que nos hablan de otros medios para poder relacionar esos espacios.¹¹ Por ejemplo existen cuestiones o problemas relacionados a las formas de vida de las comunidades que nos plantean diferencias en cuanto a su resolución. La mujer, el adulterio y su perdón produjeron en Roma en la primera mitad del siglo III una disputa entre Hipólito y Calixto, dos figuras importantes dentro del cristianismo romano. Las consecuencias o las medidas tomadas dentro de aquella disputa difieren de aquellas tomadas por ejemplo en Egipto en relación al mismo tema. Mientras que en Roma eran Calixto o Hipólito quienes imponían alguna sanción o no y la mujer se veía afectada de diversas maneras (sobre todo por su sobreentendida debilidad frente al hombre), en Egipto el problema estaba casi resuelto a favor suyo y se veía beneficiada en tal caso. Estas diferentes formas de abarcar un problema nos hablan de diferencias en cuanto al espacio que no están netamente relacionadas con lo político

¹⁰ Recuérdese que los llamados movimientos heréticos plantean intrínsecamente algo parecido, sin embargo lo excéntrico, y en algunos casos lo decididamente opuesto de su doctrina al cristianismo “tradicional”, de sus ideas los convierte en extraños.

¹¹ Ya sea que hablemos de una relación directa o una relación construida en base a semejanzas.

o lo económico sino con aspectos socio-culturales que en algunos casos pueden incluir aspectos legales.

Vale la pena acercarse a las voces que encontramos en los textos primitivos para definir otras cuestiones en cuanto al espacio. Consideramos que el cristianismo en cuanto al espacio se mueve dentro de una dicotomía que tiene como protagonista un espacio cristiano terrenal, precario tal vez donde existen las comunidades, y sin embargo también plantea un espacio que se sale de esos límites físicos y que no precisa de ninguna de aquellas ideas que planteamos anteriormente. Este espacio es el celestial, en él el cristianismo parece encontrar su verdadero hogar.

Pero no es tan simple como parece esta división propuesta ya que en la misma esencia de aquel espacio físico encontramos inquietudes que deben ser salvadas. La base de estas dudas es la piedad, la misma entendida, primero, como una devoción especial característica del mundo pagano, y luego trasladada al cristianismo casi con el mismo sentido. Casi, decimos, porque a esa piedad que implica devoción y respeto hacia normas se suma la idea de ésta como un conocimiento profundo de Dios. Más allá de esto, esa piedad implicaba también el respeto no solo a normas propias o el conocimiento de Dios, sino también el respeto a normas externas, propias de los paganos. En relación a esto existe un escrito anónimo que a la vez que responde a las cuestiones de esa piedad deja asentada su idea acerca del cristianismo y su lugar en el mundo. En *A Diogneto*, del siglo II, se alude a la precariedad de los cristianos en el mundo y su idea de que son extranjeros en cualquier lugar.

“(...) residen en ciudades de griegos y bárbaros, según ha dispuesto la suerte de cada uno, y siguen las costumbres nativas en cuanto a alimento, vestido y otros arreglos de la vida, pese a todo, la constitución de su propia ciudadanía, que ellos nos muestran, es maravillosa (paradójica), y evidentemente desmiente lo que podría esperarse. Residen en sus propios países, pero sólo como transeúntes; comparten lo que les corresponde en todas las cosas como ciudadanos, y soportan todas las opresiones como los forasteros.

Todo país extranjero les es patria, y toda patria les es extraña. Se casan como todos los demás hombres y engendran hijos; pero no se desembarazan de su descendencia (abortos). Celebran las comidas en común, pero cada uno tiene su esposa. Se hallan en la carne, y, con todo, no viven según la carne. Su existencia es en la tierra, pero su ciudadanía es en el cielo. Obedecen las leyes establecidas,

y sobrepasan las leyes en sus propias vidas. Aman a todos los hombres, y son perseguidos por todos. No se hace caso de ellos, y, pese a todo, se les condena.”¹²

Este esplendido pasaje es un elocuente testimonio de la vida cristiana entre los siglos II y IV. En él advertimos como el autor hace alusión a aquello que denominábamos como sentimiento de precariedad de los cristianos en la tierra. Ciertamente no creemos que este sentimiento haya sido generalizado entre las comunidades pero debe haber sido una gran metáfora en la alocuciones de jefes de comunidad y obispos. Es entonces una idealización de la vida perfecta a la que aspiraba o debía aspirar cualquier cristiano en su vida o en su muerte. Pero más que nada ese sentimiento de precariedad parece buscarlo este autor anónimo en lo transitorio de la existencia de los cristianos en cualquier lugar. Señala que son extranjeros en cualquier territorio pero a su vez respetan todas las leyes establecidas, viven de paso aunque vivan toda su vida en un mismo lugar. El objetivo de la vida celestial rige la vida cristiana según este escrito. Sin embargo, éste puede haber tenido una segunda intención que va más allá de mostrar la sumisión cristiana ante las adversidades o su posición frente a los demás habitantes del Imperio. Puede que la epístola *a Diogneto* haya tenido la intención de aquellas homilías como las de Juan Crisóstomo que hablan de la fortaleza inquebrantable de los cristianos. El hecho de que no señale a ninguna comunidad en particular como portadora de aquellas cualidades puede haber favorecido su lectura como un discurso o arenga para todas.

Para finalizar un ejemplo de Tertuliano nos da una idea de esa separación tácita que existe entre los cristianos y los paganos y como a pesar de que sus espacios y sus personas se entrecruzan se hace difícil contemporizar sus relaciones, aún cuando valores como los sentimientos de un hombre y una mujer están en juego.

“¿Crees que eres capaz de no llamar la atención cuando hagas la señal de la cruz sobre tu cama o sobre tu cuerpo? ¿Cuándo soples para lanzar algún espíritu inmundo? ¿O cuando te levantes por la noche para rezar? ¿No pensará él que practicas algún rito mágico? ¿No querrá saber tu marido qué es lo que tomas en secreto antes de comer ningún otro alimento? Y si él descubre que se trata de pan, ¿no creerá lo que se dice? Y aun cuando no haya oído lo que se rumorea,

¹² Anónimo “Epístola a Diogneto” V.

¿será tan simple que acepte la explicación que le das, sin protestar, sin extrañarse de que sea realmente pan y no algún sortilegio mágico? Suponte que haya mandos que te creen todo eso: lo hacen sólo para despreciar y burlarse y mofarse de las mujeres que creen.”¹³

Entonces los valores o las condiciones socio-culturales pueden ser formas de comprender de qué manera se configura el espacio en el cristianismo. Hablamos entonces de la conformación de un espacio muy diferente quizá no como aquel que plantea la idea de región compuesto por redes económicas o políticas. Aquí el valor del dogma, la penetración del culto y sobre todo la configuración de formas de vida (costumbres) en la mente de las personas parece ser el nexo que mantiene unido al cristianismo más allá de que en algunas cuestiones (como la de Hipólito y Calixto) que citamos más arriba sean una especie de excepción a dicha “regla”.

Conclusión

En este breve repaso a la cuestión de la consideración del espacio en la antigüedad nos propusimos como objetivo plantear problemáticas que atañen a éste más que a intentar resolver cuestiones, que en sí son demasiado profundas y complejas. Planteamos en primer lugar la perspectiva de algunos historiadores de la antigüedad con respecto al espacio. En realidad estas tres visiones están repartidas de una manera intencional, la primera de ellas la de Domingo Plácido nos remite a una consideración del espacio en la cual los factores del materialismo histórico determinan inevitablemente su configuración. En segundo lugar, Peter Garnsey y Richard Saller nos plantean el espacio desde la perspectiva del Imperio, que al fin y al cabo es el marco dominante en la antigüedad tardía. La intención en este caso es ampliar la visión del espacio y comprender que el mismo no puede remitirse sólo a la consideración cristiana, y comprender un poco de la configuración del mundo imperial que para nosotros como espectadores ya está resuelto, sin embargo el conocimiento del mismo, su aprehensión

¹³ **Tertuliano:** “Ad uxorem” 2,7. En **Quasten, J.:** Op.Cit.

como tal es resultado de un proceso, visible tal vez en este caso en la recopilación de los autores antiguos anteriormente descritos.

Pero es en Markschie que vemos reflejadas algunas de nuestras propias ideas sobre el espacio antiguo. Él tiene en cuenta el marco espacial que presta el imperio romano sin dejar jamás de lado la idea de que el cristianismo responde a criterios propios con respecto a eso a pesar de no desbordar nunca sus fronteras. Habla de un centro y una periferia en el mundo antiguo y que esa misma idea se traslada de alguna manera al cristianismo, y que el dogma y la teología responden también a estas mismas reglas y se erigen como nexos, conjuntamente con los responsables de las comunidades que mantienen la homogeneidad del culto.

Relacionado a esto planteamos, como un criterio personal, que existen aspectos que eluden lo político, económico y lo puramente dogmático para ser considerados también factores de unión o diferenciación de espacios entre las comunidades cristianas. Apelamos en primer lugar al ejemplo, breve, de la disputa entre Calixto e Hipólito, dando cuenta de la resolución de un problema (el papel de la mujer en el adulterio y su perdón) y la posición tomada al respecto de la misma situación en Egipto. En este caso podemos ver como ciertos criterios socio-culturales válidos para un sector o región del Imperio (la sumisión de la mujer tanto física como legal) no son aplicables a otras. No existe entonces una homogeneidad incontestable (algo que a simple vista hoy día es obvio para nosotros) pero que en el caso de la antigüedad es necesario fundamentar con evidencias, pequeñas, como éstas.

Hasta el mismo cristianismo es resultado de esa configuración socio-cultural. En la *epístola a Diogneto* se evidencia la idea del lugar que pretenden ocupar los cristianos y el que realmente ocupan. Sin dejar de ser, como dijimos antes, un texto idealizado de la vida cristiana, de su sufrimiento, también señala cuáles son las limitaciones y el estigma que pesa sobre ellos por el hecho de ser cristianos. En él se plantea el cielo como el mundo ideal y la patria verdadera de los cristianos. Pero en realidad es en este mundo en el que viven y en el cual, a pesar de participar activamente no logran, según el autor anónimo, cuajar completamente. Sin embargo y como dijimos no nos planteamos como objetivo tajante resolver una problemática tan compleja sino poner en relieve ciertas cuestiones que deberían tenerse en cuenta. Por esa razón incluimos finalmente a Tertuliano contradiciendo aquello que señalamos de que el espacio que ocupa (o pretende ocupar) el cristianismo es homogéneo y no se debe mezclar con el espacio pagano, para llamarlo de alguna manera. También, y más allá de

la contradicción esto nos demuestra de alguna forma el dinamismo de los elementos socio-culturales como el matrimonio, la familia, los hijos y el papel de la mujer. Éstos al igual que los elementos económicos y políticos pueden comprenderse como nexos que sostienen la idea de un espacio particular y a la vez une, representa una continuidad, o diferencia radicalmente estos espacios.

Bibliografía

- **Brown, Peter:** *El primer milenio de la cristiandad occidental*. Ed. Crítica. Barcelona, 1997.
- **Burke, Peter:** *Visto y no visto, el uso de la imagen como documento histórico*, Ed. Critica. Barcelona 2005.
- **Garnsey P. y R. Saller:** *El imperio romano. Economía, sociedad y cultura*. Ed. Crítica. Barcelona, 1990.
- **Guignebert, Ch.:** *El cristianismo antiguo, Brevarios*, F.C.E., Mexico, 1997.
- -----: *Manual de historia antigua del cristianismo*. Ed. Albatros, Bs. As. 1945.
- **Markschies, Christoph:** *Estructuras del cristianismo antiguo, un viaje entre mundos*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 2001.
- **Peña Cervantes, Yolanda:** “La ‘crisis’ del siglo III en la historiografía española”. En *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, T. 13, 2000.
- **Páttaro, Germano:** “La concepción cristiana del tiempo”, en **Ricoeur, Paul:** *Las Culturas y el tiempo*. Ed. Sigüeme. España, 1979.
- **Plácido, Domingo:** *Introducción al mundo antiguo: Problemas teóricos y metodológicos*, Ed, Síntesis. Madrid, 1995.
- **Quasten, Johanes.:** *Patrologia I, Hasta el concilio de Nicea*, Ed. BAC, Madrid, 1968.
- **Rémondon, Roger:** *La crisis del Imperio romano, de Marco Aurelio a Anastasio*. Ed. Labor, Barcelona, 1979.
- **Rouselle, Aline:** *Porneia, del dominio del cuerpo a la privación sensorial, del siglo II al siglo V de la era cristiana*. Ed. Península. Barcelona, 1989.
- **Simón, M. y Benoit, A.:** *Historia del judaísmo y el cristianismo antiguo*, Ed. Clío. Madrid, España, 1984.

- **Teja Casuso, Ramón:** “El cristianismo en Roma”. En *Cuadernos. Historia* 16, Nº 58. Información e historia, S.L. Historia 16. Madrid, 1996.
- **Trocme, Etienne:** “El Cristianismo desde los orígenes hasta el concilio de Nicea”, en **Puech. H** (Dir): *Historia de las Religiones*, Vol.5, Ed Siglo XXI, Madrid, 1986.
- **Turcan, Robert:** “Las religiones orientales en el Imperio romano”. en **Puech. H** (Dir): *Historia de las Religiones*, Vol.5, Ed Siglo XXI, Madrid, 1986.
- **O’Callaghan, José:** *El cristianismo popular en el antiguo Egipto*. Ed. Cristiandad. Madrid 1975.

Fuentes

- “Epístola a Diogneto”. En *Los Padres Apostólicos*, por J. B. Lightfoot. Editorial CLIE.
- **Clemente de Alejandria:** El Pedagogo. en **Quasten,J:** *Patrologia I, Hasta el concilio*.
- **Hipólito de Roma:** “Philosophoumena”, En **Quasten, J.:** *Patrologia I, Hasta el concilio de Nicea*, Ed. BAC, Madrid, 1968.
- **Juan Crisóstomo:** “Sobre la vanagloria”. En Marksches, **Christoph:** *Estructuras del cristianismo antiguo, un viaje entre mundos*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 2001.
- **Tácito, Cayo Cornelio:** *Obras completas*. Ed. M. Aguilar. Madrid, 1946.
- **Tertuliano:** “El apologético”. En **Tertuliano:** *Lo mejor de Tertuliano* Ed. CLIE. 2001.
- **Tertuliano:** “Ad uxorem” en **Quasten,J:** Op.Cit. pp. 293 – 295.